La formación y la profesión del antropólogo

La formación de los antropólogos en Andalucía: 1982-2002

José Antonio González Alcantud

*Profesor Titular de la Universidad de Granada
Presidente de la Comisión Andaluza de Etnología*

En la pequeña historia regional de la disciplina antropológica, el año 1982 constituyó un hito, en mi opinión. Recién constituida la Junta de Andalucía, y con una autonomía política que había costado homologar a las consideradas históricas, su Consejería de Cultura, decidió consultar a los pocos antropólogos que existían en la región. En Jerez de la Frontera, entre el 5 y el 6 de marzo de aquel año, nos reunimos un puñado de "antropólogos", presididos por la figura magistral del profesor José Alcina Franch. Don José tenía "escuela", en la medida en la parte más sustanciosa de aquel congreso reunía a los discípulos dejados a su paso por la Universidad sevillana. Alcina era lo que hoy llamaríamos un "etnoarqueólogo", sensible a la antropología cultural; de vocación claramente materialista, transmitió una concepción liberal y democrática de la práctica de las ciencias sociales e históricas. Lo cual en aquellos tiempos ya era todo. Era, pues, la escuela sevillana la única constituida en la región, la única que podía ostentar el marchamo de la antropología en el más puro sentido académico. El resto de quienes nos reclamábamos de la disciplina habíamos llegado a ella a través de diversos azares, que no merece la pena relatar, pero lo cierto es que éramos cuanto menos heteróclitos en nuestra procedencia, formación y objetivos.

Veinte años después, en este 2002, la situación es muy distinta. Dos licenciaturas con sus correspondientes doctorados, en Sevilla y Granada, un centro de investigaciones etnológicas, en Granada, y varias asociaciones profesionales, garantizan en buena medida que la formación de los antropólogos andaluces de hoy sea buena, sobre todo en lo que se refiere al conocimiento de la historia de la disciplina y al de las técnicas de trabajo de campo. La heterogeneidad de tendencias científicas entre el profesorado sigue siendo un elemento distintivo, y posee tantas ventajas como desventajas para quienes se inician en la disciplina: ventajas, porque no se atan, como en países de una tradición antropológica más arraigada, al dictado de una corriente intelectual, con las consiguientes limitaciones categoriales; desventajas, porque debido a la dispersión teórica de los investigadores, resulta extremadamente difícil conseguir un fértil terreno de diálogo en torno a objetivos compartidos, y en consecuencia el diálogo y el trabajo teórico en el interior de la disciplina es escaso.

Recorriendo los planes de estudios de las licenciaturas vigentes en Andalucía se observa asimismo una ausencia de innovación. Las asignaturas troncales y optativas permiten una mínima apertura a subdisciplinas y metodologías, tanto prácticas como teóricas, de vanguardia y/o de utilidad social. Dos casos me parecen bien evidentes: el campo patrimonial, y el audiovisual. El discurso sobre el patrimonio concierne cada vez más no sólo a los arquitectos, urbanistas o historiadores del arte, por mencionar las disciplinas de destino clásicas, como también a arqueólogos, tecnólogos o antropólogos, amén de a la propia sociedad civil, a través de las asociaciones consagradas a la conservación. Por razones que no es el momento de exponer, el patrimonio está ampliamente arraigado en nuestra sociedad como fuente de ocio y de producción económica, y cada día extiende más cerca, a objetos y lugares de la vida cotidiana, su influencia. Cuando decimos patrimonio nos referimos también al dominio museístico, el cual tiene poca presencia aún en el subámbito etnográfico regional. Por contra de esta creciente importancia del patrimonio, los antropólogos no reciben formación alguna que los capacite para abordar tanto aquellos aspectos sobre todo materiales, tecnológicos y objetuales, para los cuales luego en su vida profesional pueden ser requeridos, como a estar en condiciones de dialogar fructíferamente con otras profesiones patrimonialistas, y hacerse en consecuencia necesarios.

En lo que se refiere a los medios audiovisuales la situación es la misma. El antropólogo no sólo no recibe formación técnica, aquí más necesaria todavía, y teórica, sino que por regla general suele ser torpe en el dominio de las nuevas tecnologías. Las fotografías que hacemos los antropólogos son propias de aficionados, y las películas no poseen más calidad que la doméstica. Por supuesto resulta imposible competir en medios profesionalizados y de alta factura técnica. Seguimos instalados por regla general en el lado de la crítica ingenua. Resulta llamativo que muchos de nosotros incluso reconozcamos la importancia mediática en nuestra vida diaria, y sin embargo, no ampliemos nuestro dominio investigador y sobre todo de formación a los medios tecnológicos.

A tenor de la profunda crisis que vive la Universidad pública española, producto entre otras cosas de un sistema de selección del profesorado catastrófico, que se ha prolongado durante dos décadas, y cuya solución resulta ya inviable, no parece que la panacea para corregir los déficits en la formación de los antropólogos vaya a venir sólo de la modificación de

los planes de estudio en curso. Sería ilusorio, aunque resulte deseable, que aspectos eminentemente prácticos, como el patrimonio y las técnicas audiovisuales, tuvieran cabida allí. Probablemente la cuestión pendiente, y en la única que se pueda alcanzar una cierta eficacia es en la formación de posgrado, siempre que ésta mantenga los niveles de calidad que le falta a la Universidad pública. En este sentido es preciso elevar los niveles de exigencia para los alumnos que aspiran a los mismos, y de autoexigencia para el profesorado que los imparte. Ahí sí cabe proponer títulos de magister y/o experto en patrimonio y etnología, y técnicas audiovisuales y/o etnología.

Por supuesto, no se puede pretender que la formación de un antropólogo responda sólo a las exigencias académicas, en muchas ocasiones excesivamente solipsistas, sino al necesario sentido práctico de la disciplina, cuya existencia social se justifica, entre otras poderosas razones, por la pretensión de ser una suerte de **ingeniería cultural**, capaz de contribuir a la solución de los numerosos y complejos problemas de las sociedades contemporáneas.

Diremos finalmente, que debido seguramente a la larga tradición de ensimismamiento nacional y regional, nuestros antropólogos están faltos de terrenos de estudio exteriores a nuestra comunidad, lo cual es observado por los profesionales más exigentes, como una grave anomalía en la pequeña historia de la antropología europea, y en segundo lugar, se con-

templa igualmente una falta de destreza conceptual en el ámbito de la construcción de la sociedad internacional del conocimiento, de la cual estamos absolutamente ausentes. Estos déficits que producen a la larga inexplicables rechazos de las aportaciones foráneas a la antropología de Andalucía, sólo tiene una solución a medio plazo: que los estudiantes se incorporen cada vez con los programas europeos de colaboración universitaria. Además de este esfuerzo formador, yo propondría incluso una suerte de terapia colectiva: sugerir a nuestros estudiantes **que no hagan trabajos de investigación sobre Andalucía**, y que consagren sus energías a comprender otras sociedades, siguiendo los cánones tradicionales de formación de antropólogos, vigentes desde el inicio de la disciplina. Incluso portugueses e italianos, por no decir franceses e ingleses, nos sacan en esto mucha ventaja. La pereza nos sigue venciendo en cuanto apertura hacia el exterior, aunque la recubramos de vagas alusiones al "anticolonialismo" de nuestras proposiciones.

Por los demás, sólo cabe felicitarse por la transformación que se ha operado en la formación de antropólogos en estas dos décadas, que van de 1982 a 2002, con el paso del amaterismo a la profesionalización, y desear que en las dos que siguen, seamos capaces de estar a la altura de la sociedad europea y mediterránea, a las cuales nos debemos. Se ha avanzado mucho, pero todavía sigue siendo insuficiente.

La Antropología en la tutela del patrimonio

Fuensanta Plata García

Concha Rioja López

Conservadoras del Patrimonio Etnológico

Hay disciplinas en el contexto europeo, no así en el americano, que parecen condenadas al ámbito universitario. Una de ellas es la Antropología que, salvo en la esfera museística en la que ha participado desde sus orígenes¹, excepcionalmente ha desenvuelto su actividad en otras esferas lo que suscita, a niveles subliminales si se quiere, la cuestión sobre la "pureza" o no de la actuación de los antropólogos en ámbitos ajenos a la Universidad.

Para los que desde que terminamos la carrera no teníamos vocación docente y hemos tenido que afrontar un mercado de trabajo cada vez más difícil, esta cuestión ha tenido que ser obviada ante la realidad que se nos ofrecía. Salvo contados casos en los que la fortuna personal ha permitido la elección de lo que uno quería dedicarse, como el caso de Caro Baroja, los demás mortales hemos trabajado en lo

que ha ido surgiendo sin poder hacer demasiados remilgos a que lo ofertado se ciñera o no al campo teórico y metodológico de la Antropología. La realidad de la calle y la realidad de la Universidad son dos realidades en nuestro país, todavía hoy, un tanto paralelas. Lo idóneo es que llegaran a ser confluentes y cada una aportara a la otra el enriquecimiento que supone la variedad de posturas en la línea de lo que la Antropología ha querido, desde sus orígenes, enseñar a la Humanidad, es decir, que la variedad es enriquecimiento y no exclusión. Si algo podemos tener en común los antropólogos de una u otra línea es el carácter que nos imprime la propia disciplina a la que nos dedicamos y esto se va a traslucir en cualquier actuación sea del campo que sea.

Ciñéndonos al campo de la tutela de Patrimonio², el acceso a la Función Pública³ para el antropólogo, al igual que para el resto de las especialidades, se realiza mediante oposición al Cuerpo Superior Facultativo, opción Conservadores del Patrimonio Histórico. Esta opción se encuentra a su vez dividida en especialidades (Arqueología, Historia del Arte, Arte Contemporáneo, Patrimonio Inmueble).